

DECIMO CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
(Año Impar. Ciclo A)

Lecturas bíblicas:

Abrimos nuestra Biblia y busquemos:

a.- Zac. 9,9-10: Tú rey viene pobre a ti.

b.- Rom. 8, 9. 11-13: Vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu.

c.- Mt.11,25-30: Soy manso y humilde de corazón.

Esquema

1.- Invocación al Espíritu Santo para que sea ÉL quien ore en nosotros: Ven Espíritu Santo llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. V.- Envía Señor tu Espíritu. R.- Y todas cosas serán creadas. Oh Dios que has iluminado los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo haznos dóciles a tus inspiraciones para que gustemos el bien y gocemos siempre de su consuelo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

2.- Acto Penitencial: Pedimos perdón al Señor Jesús para que su Palabra nos purifique y podamos orar con un corazón limpio esta próxima semana (Is. 1,16-18).

- Tú que no has venido a condenar, sino a perdonar: Señor, ten piedad.

- Tú que has dicho que hay gran fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente: Cristo, ten piedad.

- Tú que perdonas mucho a quien mucho ama. Señor ten piedad.

3.- Oración colecta: Oh Dios, que muestras la luz de tu verdad a los que andan extraviados para que puedan volver al buen camino, concede a todos los cristianos rechazar lo que es indigno de este nombre y cumplir cuanto en él se significa. Por Jesucristo.

4.- Lectio divina para preparar la próxima Eucaristía dominical: Una vez que tenemos nuestras tres lecturas las leeremos y escrutaremos, es decir, indagar escudriñar con atención y minuciosidad cuál es la idea central de cada una de ellas y la anotamos en nuestro cuaderno. La Lectio la haremos sólo del Evangelio.

a.- ¿Qué dice el texto? La Palabra se ilumina. Leemos el Evangelio del próximo Domingo. Escrutamos el texto para su mejor comprensión.

- “Yo te bendigo Padre, Señor de cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las revelado a los pequeños” (Mt.11,25ss).

Este evangelio nos presenta el misterio de la filiación de Jesús, Hijo de Dios, su relación con el Padre. Este texto se divide en tres partes: la acción de gracias de Jesús por la revelación recibida (v. 25); el contenido de dicha revelación y la invitación que hace Jesús a ir a ÉL (vv.26-27) y la llamada (vv.28-30). La bendición de Jesús al Padre es una bienaventuranza por manifestarse a los sencillos; tiene como referencia el rechazo de la palabra de Jesús, por parte de los fariseos. El Padre no pretendió hacerse comprender por los sabios de este mundo, sino por los sencillos. Eran los doctos de la época, en especial los escribas, y fariseos, profesionales de la Ley. Toda la economía de salvación predicada por Cristo, disposición eterna del Padre, no se comprende por medio del discurso humano, sino por revelación de Dios, que se concede a los sencillos, y que se niega a los soberbios. Cuánto más se engríen los fariseos de conocer la Ley de Moisés, menos podían comprender la predicación de Jesús. Esta voluntad del Padre, la economía de la salvación, no es aceptada sino por quien es consciente de su pequeñez y humildad, vacío de sí

mismo y busca a Alguien que llene y dé sentido a su vida. La revelación de Cristo, camino verdadero hacia el Padre, porque todo lo puesto el Padre en sus manos desde la revelación de su Palabra hasta el misterio de hacernos hijos suyos por medio de su misterio de muerte y resurrección (v.27). Conoceremos al Padre por lo que el Hijo nos comunique, conoceremos al Hijo por sus palabras y obras, y a su vez, el Padre nos reconocerá en la medida en que nos asemejemos, nos configuremos a su amado Hijo (cfr. Rm. 8, 29). - “Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito...” (Mt. 11, 26ss). En la segunda parte, nos encontramos con el contenido de la revelación, donde Jesús se presenta como el único Revelador del Padre. Lo hace en clave de conocimiento y revelación; Yahvé en la mentalidad judía ser conocido sólo por quien ÉL había elegido previamente. Jesús se presenta a sí mismo, como el revelador del Padre, plenitud de la revelación (cfr. Jn. 3,11). El conocimiento del que se habla aquí no es ciencia del entendimiento, ni comprensión de ideas y consecuencias. De este conocimiento participan la voluntad, los sentimientos y la inteligencia. Dios conoce al hombre, lo penetra con su espíritu, lo ama, lo abraza con amorosa solicitud. “Nadie conoce al Hijo sino el Padre” (v. 27). Sólo el Padre conoce al Hijo; sólo el Hijo comprende al Padre, hay un conocimiento amoroso mutuo. Sólo hay un ser que comprende y ama al Hijo, con un conocimiento amoroso: el Padre. Hay una realidad que ahora se nos da a conocer: Jesús es igual al Padre, lo conoce y ama plenamente. Nadie tiene un conocimiento de Dios en todo el mundo como el que tiene ÉL, Jesús es Dios. No hay otro pasaje en los Sinópticos, donde quede mejor reflejada la filiación divina del Mesías (cfr. Mt. 11,27). El conocimiento que posee el Hijo no es sólo para sí sino para comunicarlo, su misión es revelar los secretos del Padre y del Reino de Dios. Todo lo que acaba de revelar del Padre, es también obra del Hijo. Mirado desde afuera, causa escándalo que un hombre hable así, es un hijo de carpintero; si no pudo comprender esa generación a Juan Bautista, menos a Jesús. ¿Quién entonces? La gente sencilla, los humildes de corazón, no los arrogantes, los sabios de este mundo, los entendidos (cfr. Mc. 10, 15; cfr. Mt. 19,14).

- **“Venid a mí todos los que estáis cansados...” (vv. 28ss).**

Finalmente, los cansados y sobrecargados son los propios judíos de su tiempo, que soportan el peso de leyes y normas con que los escribas y fariseos explicaban la fe de Moisés a base de legalismos y casuísticas interminables. Jesús dirige su palabra a los humildes, porque ÉL les enseña a sufrir porque es manso y humilde de corazón, puesta toda su esperanza en Dios. “Tomad sobre vosotros mi yugo” (v. 29). La imagen del yugo, el Maestro, impone una enseñanza a sus discípulos, ese es su yugo; el de Cristo es más suave, que el de los escribas y fariseos aplicaban a la Ley de Moisés (cfr. Hch. 15, 10; Mt. 23, 4). El yugo de Cristo es suave y ligero, si entendemos que la voluntad de Dios cuenta con la debilidad del hombre, pero éste cuenta con la gracia de Jesucristo, y la fuerza amorosa del Espíritu Santo, que inculca el espíritu de la Ley de Dios, liberándolo de su esclavitud; manda grabar en lo interior dicha ley de amor y de gracia, para que así pueda cumplirla el cristiano. Jesús se presenta como manso y humilde de corazón, es decir, viene al hombre con humildad, no con un yugo de opresión, sino con la máxima humillación de hacerse uno de nosotros, para estar con nosotros los hombres (cfr. Mt.21,5; Za.9,9; Is. 62,11; Flp.2,5); quiere que asentados en la verdadera humildad, seamos grandes en la humildad y humildes en la grandeza, a la Dios nos eleva en su unión de amor.

b.- ¿Qué me dice? La Palabra me ilumina. ¿Qué palabra o hecho de este evangelio me habla al corazón? Escoge un texto o versículo, escríbelo y da razón de tu elección. Te escuchamos. Propongo estos textos, puedes elegir otros.

- “Yo te bendigo Padre...” (v.25). Jesús alaba el proyecto salvífico del Padre de darlo a conocer a los pequeños.

- “Todo me lo ha entregado el Padre...” (v.27). La comunión eterna de amor y conocimiento entre el Padre y el Hijo se abre para nosotros por voluntad del Padre y del Hijo cuando se hizo Emmanuel por nosotros.

- “Venid a mí...” (v.28). Jesús nos invita a descansar en su Corazón, es decir, en su persona y doctrina para corresponder a su infinito amor.

- Otros testimonios...

c.- La Palabra se convierte en oración. ¿Qué le digo al Señor Jesús a propósito de este texto? Escoge una palabra con la que inicias tu oración personal. Te escuchamos.

- “Se las has revelado a los pequeños” (v.25). Señor Jesús, gracias por revelarnos tu misterio y palabra a nosotros los pequeños. Gracias Señor.

- “Nadie conoce al Padre sino el Hijo...” (v.27). Señor Jesús, abre más y mejor nuestra mente, corazón y voluntad para conocer la voluntad de nuestro Padre. Te lo pido Señor.

- “Tomad sobre vosotros vuestro yugo” (v. 29). Señor Jesús, enséñanos a cuidar tu doctrina, meditarla y hacerla nuestra para que seas nuestro único Maestro. Te lo pido Señor.

5.- Lectura mística. S. Juan de la Cruz interpreta este evangelio:

“Eso que pretendes y lo que más deseas no lo hallarás por esa vía tuya ni por la alta contemplación, sino en la mucha humildad y rendimiento de corazón.” (D 40).

6.- Adoración y Alabanza: Te alabamos Señor.

- Te alabamos Padre, por tu designio de salvífico de amor manifestado en tu Hijo. Te alabamos Señor.

- Te alabamos Padre, por el conocimiento que continuamente revelas a los pequeños. Te alabamos Señor.

- Te alabamos Padre, porque tu Hijo nos invita a estar con ÉL y ser sus discípulos. Te alabamos Señor.

- Otras alabanzas...

7.- Preces: R.- Danos un corazón humilde.

- Te pedimos Padre, por los pequeños para que a todos llegue la palabra de Dios, R.-

- Te pedimos Padre, por las intenciones del Romano Pontífice, nuestro Obispo y por la paz en toda la tierra. R.-

- Te pedimos por los todos los enfermos, cansados y agobiados para que en Cristo encuentren el alivio que necesitan y nosotros colaboremos a ello. R.-

- **Otras preces...**

8.- Padre Nuestro

9.- Abrazo de la paz

10.- Bendición final.

En el rezo individual o en una celebración comunitaria presidida por un ministro no ordenado, se dice:

V. El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna. R. Amén.

Conclusión.

S. Juan de la Cruz nos exhorta: "Buscad leyendo y hallaréis meditando; llamad orando y abriros contemplando" (D 162).

www.carmelitasviña.cl.

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana.